

Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos...

Nada hace presumir, al estudiar la vida de *Moratin* (1), que no estuviese dotado de sensibilidad verdadera; pero el hecho es que de esta preciosa cualidad da pocas señales en sus poesías líricas, como tampoco las da muy claras en sus obras dramáticas. Tal vez procedía esto, en parte, del apremio que *Moratin* ejercía sobre sus facultades naturales por el afán de no desviarse un ápice de la estrecha senda de regularidad y de cordura que imperiosamente le trazaban los preceptistas romanos y los franceses de la escuela del siglo de Luis XIV. *Moratin* comprimía sin saberlo su sensibilidad, así como *Cienfuegos* sacaba de quicio la suya, falseando ambos en sentido inverso las prendas reales y positivas de su alma. Tenemos de ello un testimonio inequívoco en la oda que escribió *Moratin* á la memoria de su padre. En todas las obras en prosa de *don Leandro*, en que tuvo ocasion de hablar de su padre, singularmente en la *Vida* que de él escribió, resplandecen los sentimientos de respeto, de ternura, de admiración. Y sin embargo, cuando quiere cantar su gloria, le ocurre una *oda anacreóntica*, en que no hay un acento del alma, en que todo es trivial, y lo que es más, pagano:

Llora, Vénus hermosa,
Llorad, dulces amores.
Del seno de su madre
El niño de los dioses
Batió veloz las alas,
Fugitivo se esconde...
Ninfas, la queja es vana

Si dió la Parca el golpe.
No vuelve lo que usurpa
El avaro Aqueronte.
Alzad un monumento
Con mirtos de Dione,
Ornado de laureles,
Guirnaldas y festones...

¿Es éste el tono digno, sincero y elevado que conviene á la expresion de dolor filial? La cordura clásica no era siempre cordura, y *Moratin*, por evitar yerros de la musa libre, caía en otros, no ménos reparables, en que incurre la musa encadenada.

Moratin, como poeta, carece de fantasía, de inventiva, de pasion intensa, de arrebato lírico. Sus imágenes no son valientes, ó inesperadas como las de los grandes poetas. Apénas se encuentra en sus versos, como en los Lopes, en los Leones y en los Góngoras, un período de esos que fascinan por el vigor de la expresion ó por el hechizo misterioso del sentimiento poético. Y sin embargo, las poesías de *Moratin* se leen con cierto deleite, con aquel que causan siempre la firmeza del pensamiento, la pureza de la dición, la propiedad del estilo, la versificación llena y correcta, y el fácil manejo del idioma.

En estas dos últimas cualidades nadie aventaja, entre los modernos, á *Moratin*. Permítansenos reproducir aquí, como ameno recuerdo de su estilo íntimo y familiar, la carta que escribió á *don Juan Pablo Forner*, dándole noticia de la primera representacion de *La Comedia Nueva*, ó *El Café*; carta interesante en sí misma, y mucho, además, para la historia del teatro español.

Ahí te envío esa comedia para que, si quieres, la leas, y si quieres también, me digas lo bueno y lo malo que hallas en ella. Yo la tenía concluida dos meses há, pero no pensaba en dar paso alguno para que la representasen, persuadido de que no era posible que los cómicos se atreviesen á echarla; cuando, cádate que las trompetas de mi fama, los Loches, los Texajas, etc., etc., comienzan á trompetear y á decir por esas esquinas que yo había compuesto la comedia más exorbitante que jamás se ha visto, y vieras venir á porfía los Queroles, los Garciguélas, los Valleses, los Riberas y las dulces Juanas, pidiéndome comedia, de finojos y desmelenado el cabello. Leisela, y quedaron despatarrados; la estudiaron con ansia; los moll á ensayos, y saqué de ellos todo el partido que sacarse puede.

Tu cliente Comella, luégo que supo que se trataba de echarla, empezó á tramar y alborotar como un desesperado, diciendo que la comedia era un libelo infamatorio contra él y su mujer y su hija la tuerta, y que yo merecía azotes, presidios y galeras. Presentó un pedimento al Presidente, otro al Corregidor, otro al Juez de imprentas y otro al Vicario, para estorbar la representacion é impresion de ella; pidiendo se

(1) Véase la excelente *Vida de don Leandro Fernandez de Moratin*, por don Manuel Silvela, la más

fidedigna y, por decirlo así, la más íntima de cuantas se han escrito del insigne poeta cómico.

me castigase con todo el rigor de las leyes, por ser justicia, y para ello, etc. El Presidente cometió el encargo al Corregidor, y éste nombró por censores á don Santos y á don Miguel de Manuel; ambos dieron sus informes separadamente, y segun ellos, era menester canonizarme; al mismo tiempo el Consejo envió la comedia á Valbuena, que también la aprobó redondamente; y entre tanto el Vicario, mi señor (mal informado de escribientes y pajeuelos ganados por Comella), se obstinó en no dar el pase y detenerla, no obstante que era ya precisamente la víspera del día en que debía representarse. No es posible decirte cuánto me hicieron rechinar estas picardías; pero, en fin,

El día se vió distinto,
Y al fin triunfó Carlos Quinto
Del poder de Barbarroja.

El Corregidor la despachó bien, el Vicario se vió precisado á soltarla, el Consejo permitió la impresion, y se representó el día 7 (Febrero de 1792, en el *Teatro del Príncipe*).

La turba multa de los *chorizos* (1), los pedantes, los críticos de esquina, los autorcillos famélicos y sus partidarios ocuparon una gran parte del patio y los extremos de las gradas. Todo fué bien; el público no perdió golpe ninguno, y aplaudió donde era menester; pero cuando en el segundo acto habla don Serapio de los pimientos en vinagre, fué tal la conmocion de la plebe *choriza* y el rumor que empezó á levantarse, que yo temí que daban con la comedia y conmigo en los infiernos. Pero los que no comen pimientos los hicieron callar y sufrir, y se acabó la representacion con un aplauso general, que bastó á vengarme de los trabajos padecidos.

No obstante, como se desató tanto demonio por calles y rincones diciendo pestes de ella, quedó incierto su crédito en el primer día; pero el éxito del segundo, como el de los siete que duró, fué tan completo, que excedió á las esperanzas que todos teníamos, y fué superior sin duda al que tuvo don Roque (2).

La ejecucion fué bastante buena; y la Juana, la frigidísima y yerta Juana, hizo maravillas; admiró en su papel á cuantos la oyeron, y á cada instante la interrumpian con aplausos (3).

Esto es cuanto hay que decir acerca de la tal comedia, puesto que los delirios y vaciedades que se oyen por ahí en boca del pestilente Nifo, el pálido Higuera, Concha, Zavala y la demas garulla de insensatos, son buenos para oídos, pero fastidiosos de escribirse. Lo restante del público la ha recibido con mucho entusiasmo, la gente bien intencionada piensa que una obra como ésta debía causar la reforma del teatro; pero yo creo que seguirá como hasta aquí, y que Comella gozará en paz de su corona dramática.

Ayer fui á un baile que tuvo la madre Mariana. *Arbuzeo* fué bastonero: estuvo don Agustinito, Cordero, los Mayorgas, *Vinagrillo*, etc., etc., toda la canalla *polaca*, y me divertí hasta las once, que viendo que no estabais tú ni Bernabeu, sentí la falta y me vine á dormir.

Pásalo bien; no ahorques á nadie, y haz hijos, que es lo mejor que puede hacer un fiscal. Adios.

Hoy 22 (Febrero de 1792).—LEANDRO (4).

A *Cienfuegos* corresponde la gloria de haber abierto el camino á la briosa y elevada poesía de *Quintana*, que por la majestad de la entonacion, por la energía de los sentimientos y por la grandeza moral, no tenía ejemplo entre nosotros. No entraremos aquí en el exámen de este eminente poeta, cuyas obras se han publicado ya en un tomo de la presente BIBLIOTECA. Hemos tenido honrosa ocasion de consignar ampliamente nuestro juicio sobre *Quintana* en un

(1) Sabido es que en el siglo último los entusiasmas del *corral* ó *Teatro del Príncipe* se llamaban *chorizos*, y se distinguían con una cinta color de oro en el sombrero; los del *Teatro de la Cruz* *polacos*, y llevaban una cinta azul celeste. A aquella denominacion dieron origen, en 1742, unos *chorizos* que comía en un entremés un gracioso de la compañía de Manuel Palomino; á ésta un fraile trinitario descalzo, el padre Polaco, incansable y furibundo voceador, que acaudillaba la parcialidad enemiga del *Corral del Príncipe*. Estos bandos se hacían encarnizada guerra, y Huerta, que los defiende de las acusaciones de Signorelli (*Storia critica dei teatri*) dice de ellos candorosamente: «De esto no ha resultado nunca más perjuicio que el de haberse dado alternativamente algunas puñadas tal cual vez.»

Los partidarios del *Teatro de los Caños* se llamaron *PANDUROS*.

(2) Alude á la comedia *El Viejo y la Niña*, re-

presentada el 22 de Mayo de 1790, que fué la primera que *Moratin* dió al teatro.

(3) Esta Juana, á quien llama *Moratin frigidísima*, y que desempeñó con tanto acierto el papel de *doña Mariquita*, es Juana García, que, á pesar de su falta de animacion, gustaba al público por su juventud, por su belleza, por su simpática entonacion y por la nobleza y compostura de sus modales. Los demas papeles fueron desempeñados: el de *doña Agustina*, por Polonia Rochel; el de *don Eleuterio*, por Manuel García Parra; el de *don Hermógenes*, por Mariano Querol; el de *don Pedro*, por Manuel Torres.

(4) Esta carta está fielmente copiada del autógrafo que se conserva entre los papeles de *Forner*. No ha sido incluida en las *Obras Póstumas* de *Moratin*, recientemente publicadas de orden y á expensas del Gobierno.

escrito á él especialmente consagrado (1). Bástenos decir aquí que el autor de la oda *Á la invención de la Imprenta*, que eclipsa á todos los cantos de los poetas europeos al mismo asunto; el cantor de la *propagación de la vacuna*, del *armamento de las provincias españolas*, del *combate de Trafalgar* y de otros objetos grandes y poéticos, ocupa el primer lugar en la lírica elevada de España. Y ¿quién pudiera disputárselo? *Herrera* tiene sin duda entonación grandilocuente; pero es su estilo uniforme y encopetado, y harto visible el artificio de sus líricos arrebatos; en tanto que el entusiasmo de *Quintana* es más vário, más sincero, más conmovedor y más simpático.

Quintana tiene además la gloria de representar en la historia de las letras de su tiempo cierta relajación del rigor de las formas y de las rutinas pseudo-clásicas, que su educación literaria había imbuido en su ánimo. Escribe doctrinalmente acerca de las églogas, pero jamás las cultiva. Eran contrarias á su brioso instinto poético. Ni aún quiere llamar odas á sus magníficos cantos. ¿Qué le importa el nombre? No cuadran á su índole las clasificaciones que comprometen y embarazan. Sus cantos son los ecos de su alma. ¿Qué más necesita? Juzgábase, no obstante, fiel sectario de la escuela clásica, y aún de ello blasona, y por eso escoge con tan meticuloso espíritu los modelos de su *Tesoro del Parnaso español*. Pero era clásico al modo de *André Chénier*, que, llevado por el impulso irresistible de su inspiración sincera y vigorosa, más que á las artificiales lumbreras del Parnaso francés, se asemeja á los grandes poetas de la antigua Grecia. A *Quintana* puede aplicarse lo que decía de Alfieri madame de Staël: *C'est un homme transplanté de l'antiquité dans les temps modernes*.

No pudiendo copiar aquí, completo, nuestro extenso exámen de las brillantes prendas poéticas de *Quintana*, creemos oportuno publicar una parte de la carta literaria que, acerca de aquel estudio, tuvo la bondad de dirigirnos el ilustre escritor *Marqués de Pidal*. Esta carta contiene un juicio del esclarecido poeta; juicio lleno de alta imparcialidad y sano criterio, que hasta por haber sido escrito con la rapidez y lisura de quien no se dirige al público, ofrece especial interés, como obra de aquella docta, honrada y competente pluma:

Roma, 17 de Abril de 1858.

Leí su Discurso de V. con grandísima satisfacción... V. ha juzgado á *Quintana* como yo le he juzgado siempre, y por lo mismo es natural que el juicio de V. me haya parecido muy acertado. En cuanto á la forma, á la elocución, al estilo de *Quintana*, tendré, si se quiere, todos los defectos que sus impugnadores le achacan, pero en cambio nadie negará que tiene un aliento, un calor, un ímpetu que arrastra y arrebató con tanta rapidez el ánimo, que no deja percibir siquiera estos defectos. Por eso es el poeta de la juventud; por eso, cuando yo formaba parte de ella, sabía todos sus versos de memoria, y reconciliaba con las Musas á los enemigos de la poesía con sólo leerles ó recitarles algunas de sus composiciones. Pero V. tiene completa razón. *Quintana* era el eco del entusiasmo, de las ilusiones y hasta de los rencores que inspiraban la filosofía y el sentimentalismo del siglo pasado. Yo alcancé esa época de ilusiones de buena fe, de esos odios patrióticos, de esas apreciaciones históricas absurdas; y aunque ya debilitadas aquellas ideas por otras que comenzaban á difundirse, y que han prevalecido después, reconozco ahora que si yo hubiera sido entonces poeta, hubiera escrito como *Quintana*. Fui injusto con él en algunas cosas que escribí en contra suya, no haciéndome cargo de que, si yo pude, como joven, abrir mi corazón y mi cabeza á otras afecciones, á otras ideas, él era demasiado viejo ya para renunciar á lo que había sido el alma de sus sentimientos y el principio de sus relaciones como hombre de partido; á lo que le había hecho sufrir, á lo que había formado el principio de su gloria. Fuimos, á lo último, amigos, como pueden serlo dos personas que sobre el fondo de las cosas pensaban de tan distinto modo, y vi entonces que *Quintana* no era ni podía ser otra cosa que lo que ha sido; porque aquellas ideas, y las formas mismas en que las expresaba, eran su carne y sangre.

¿Qué lástima que el cantor de Juan de Padilla y de los misterios que encierra el Escorial no hubiera pensado de otro modo, no hubiera juzgado de otra manera acerca de nuestros grandes hombres, acerca de nuestra misión civilizadora en una gran parte del mundo antiguo y moderno, y conservadora en Europa contra la invasión de los turcos y contra la anarquía moral y destructora que llevaban en su seno las sec-

(1) El autor del presente *Bosquejo histórico* recogió para asunto de su Discurso de entrada en la Academia Española, el Juicio crítico de *Quintana* como poeta lírico.

tas protestantes! ¿Cuánto no hubiera contribuido á restaurar nuestra gloria nacional, tan oscurecida hoy por los escritores de su escuela, nacionales y extranjeros, y tan vilipendiada por el mismo *Quintana* en algunos de sus versos! ¿Cómo, decía yo en la impugnación á que he aludido arriba, pueden amar á su patria los que se la representan como el vivero de *hombres feroces, colosos para el mal*, y no ven más hombres dignos de alabanza en su patria que al solo Padilla...?

En fin, su Discurso académico de V. sobre las obras de *Quintana*, pasa á ser algo más que un discurso de crítica literaria. V. tiene razón en su juicio, y ha sido una buena acción el osar decirlo públicamente en el tiempo de la pasión que hacía sus ya algo olvidados versos ha vuelto á renacer en esta sociedad, que ya no se entusiasma por nada.

Aproveche V. el buen tiempo para irse á Viena, etc... (1).

Juzgamos deber reproducir ahora algunos párrafos de nuestro juicio sobre *Quintana*, que tan alto se levanta entre las medianías, más ó menos estimables, de los últimos años del siglo XVIII:

«La imagen de la libertad política, cebo natural de imaginaciones ardorosas y juveniles, perseguía á *Quintana* como un fantasma seductor. Una especie de apoteosis *Á Juan de Padilla* fué el primer canto de su musa patriótica. Muy censuradas han sido en esta composición las tendencias irreflexivas, la falta de sentido histórico y las exageraciones pomposas contra tiranías en no escasa parte imaginarias. Verdad es que cuando *Quintana* escribía su magnífico canto, ciego y desalumbrado con la pasión que le inspiraba, ponía más alto el nombre de Padilla que la augusta fama de Carlos V, á quien no titubea en agregar

Al odioso tropel de hombres feroces,
Colosos para el mal....;

añadiendo después:

¡Y sus nombres aún viven! y su frente
Pudo orlar, impudente,
La vil posteridad con lauros de oro!

»Ya veis cuán amargamente deplora que la fama haya llegado á iluminar con sus gloriosos resplandores la memoria de Carlos V y de otros grandes hombres.

»Intolerancia sería de parte de la crítica ensañarse contra estos extravíos poéticos de una imaginación acalorada é inexperta. Transportaos, señores, mentalmente á los últimos años del siglo XVIII; tened en cuenta la influencia dominadora de las nuevas ideas, que á la sazón estremecían y transformaban el mundo moral; el humillante cuadro que ofrecía entonces el Gobierno de España; y los arrebatos, los delirios, las quimeras de un corazón de veinticinco años, ansioso de renovación y de libertad, y comprenderéis, y disculparéis, y acaso en voz baja aplaudiréis bajo el aspecto poético, el generoso espíritu que dictaba á *Quintana* la glorificación de Padilla, triste recuerdo y emblema de contiendas civiles.

»Y ¿cómo no admirar las prendas literarias que resplandecen en el canto á Padilla? Desde los tiempos dorados de nuestra literatura no había sonado la lira castellana con majestad tan alta, con tan noble soltura, con entonación tan robusta. Á la trivialidad de los asuntos, á la languidez de las formas, han sucedido animada elegancia, sentimientos de fuego, arrebatos de indignación. Ved cómo habla á los castellanos la sombra de Padilla:

Indignamente hollada
Gimió la dulce Italia, arder el Sena
En discordias se vió; la África esclava;
El bátao industrioso
Al hierro dado y devorante fuego.
¿De vuestro orgullo, en su insolencia ciego,

Quién salvarse logró? Ni al indio pudo
Guardar un ponto inmenso, borrascoso,
De sus sencillos lares
Inútil valladar; de horror cubierto,
Nuestro genio feroz hiende los mares,
Y es la inocente América un desierto.

(1) El Marqués de Pidal, cuando esto escribía, se hallaba en Roma de embajador. Pasados algunos años volvió á leer su carta en Madrid, y nos

autorizó á publicarla cuando hubiese ocasión para ello.

» ¡Cuán bellos versos! ¡Cuánta seducción sabe dar el poeta á esa inconsiderada filantropía, que está á punto de tomar por iniquidades el sobrehumano descubrimiento de Colon y las portentosas proezas de los civilizadores de América! Bien mirada, esa inocencia de América, que *Quintana* no cesó de proclamar despues, y que consignó especialmente en aquel tan aplaudido verso:

Virgen del mundo, América inocente.....,

no pasa de ser una ilusión obstinada de poeta y un deslumbramiento de filósofo. América no era aquella fantástica isla de Pancaya, de que nos habla Diodoro, prodigiosa mansión de inocencia, de paz y de ventura. Las mejores razas americanas se hallaban poco distantes del estado salvaje, y no eran en verdad dechados de inocencia los caribes antropófagos con quienes tropezó muy luégo el descubridor del Nuevo Mundo.

» *Quintana*, y sea dicho sin mengua de su gloria, llevaba, como todos los grandes poetas, el raudal de su inspiración por el cauce genuino y privativo de su alma, más inclinada á los sentimientos enérgicos y varoniles que á las meditaciones místicas y á las blandas emociones de la melancolía y de la ternura. El amor á Dios y el amor á la mujer mueven poco el corazón de *Quintana*..... Había templado harto reciamente sus ideas en el confuso torbellino de errores y verdades desencadenado por el impulso de las revoluciones, que, semejante al torbellino del mundo físico, arrasa y trastorna más que despeja y purifica..... *Quintana* se conmueve ante la imagen de lo bello y lo grande, y su alma se estremece al aspecto de la opresión y de la injusticia. Dios estaba en el fondo de su corazón. Pero ¡cosa extraña! ¡singular poder de las preocupaciones! una sola vez, y como por acaso, suena en la poesía lírica de *Quintana* el nombre de Dios; y ni una vez siquiera levanta su musa á los sublimes ámbitos del mundo invisible; ni una vez responde su alma á las voces místicas del cielo con cánticos de adoración, que están sin cesar resonando en la lira de los poetas cristianos.....

» Como se ve, la musa de *Quintana* no es la ninfa vaporosa y ligera que acaricia y deleita; es la matrona grave é inexorable, que sólo sabe amar sus encumbrados ídolos: el heroísmo, la ciencia, la patria, la libertad. Pedidle ardientes sentimientos, gritos de indignación, himnos de gloria; pero no le pidais dulces engaños, ni ilusiones doradas.

» El amor á la humanidad es uno de los más puros y nobles manantiales de la poesía de *Quintana*..... Á este linaje de emoción moral pertenece, si bien mezclada con la emoción política, la admirable oda *Á la invención de la Imprenta*. En casi todas las naciones civilizadas ha habido escritores que entonen himnos á la imprenta; pero ninguno, podemos decirlo sin que se nos tache de engreimiento nacional, ha sabido hallar tonos tan altos, miras tan trascendentales y acentos tan grandilocuentes. Á la luz del progreso humano, la mente de *Quintana* se conmueve y se inflama, y aquí se juntan en su ánimo el amor á la gloria, el amor á la ciencia y el amor á la libertad.

» Deslustran alguna vez el eminente canto *Á la invención de la Imprenta* y la poética fantasía *El panteón del Escorial*, preocupaciones y arrebatos inspirados por la especie de frenesí que infundieron, á fines del siglo último, en imaginaciones vehementes las doctrinas escépticas..... El noble horror de *Quintana* al despotismo, exagerado y desquiciado con sus fantasmas de opresión, le lleva á desatender las condiciones y las influencias históricas, á olvidar los móviles morales de los tiempos pasados y hasta á calumniar los caracteres. Su apasionada musa convierte á Felipe II en un vulgar tirano, y á Carlos V en un conquistador arrepentido..... El príncipe don Carlos, llamando *hipócrita*, *supersticioso* y *fanático* á su padre en un diálogo lleno de rencorosas acriminaciones, es un cuadro repugnante al buen gusto y al sentido moral, que no alcanzan á hacer simpático todo el encanto y toda la fuerza poética de la imaginación de *Quintana*..... Pero olvidemos, en gracia de las inspiraciones del poeta sublime, los arrebatos del filósofo extraviado; y con tanto mejor voluntad, cuanto que

la filosofía de *Quintana*, *crímen fué de su tiempo*, y no suyo. Aquellos versos, tan censurados porque encierran un duro ataque á la veneranda Iglesia católica,

» ¿Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo
Que abortó el dios del mal, y que insolente,
Sobre el despedazado Capitolio,
Á devorar el mundo impunemente,

Osó fundar su abominable solio?
» Dura, sí; mas su inmenso poderío
Desplomándose va; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.....,

son reflejo de algunas palabras del rey Federico II. Esos alardes de incredulidad desenfada, esos declamatorios vaticinios, esos desmandados ataques á la majestad de la religión, son achaque inevitable y universal de las grandes turbaciones sociales, que enflaquecen y quebrantan los principios fundamentales en que descansa la conciencia humana. Pero estas crisis pasan al cabo, como las tormentas de los mares; los santos instintos que Dios depositó en nuestra alma prevalecen sobre las discordias y deleznable creencias que en su seno atesoran las revoluciones, y tarde ó temprano triunfa del entusiasmo del error el entusiasmo de la verdad.....

» La patria, la gloria, la libertad: aquí está *Quintana* en su esfera propia y nativa; aquí explaya libremente los tesoros de su elocuencia y el fuego de su fantasía; aquí se presenta clara y resplandeciente la individualidad del autor, sin la cual no son las artes más que pálidos reflejos de las inspiraciones ajenas. *Guzmán el Bueno* y el *Combate de Trafalgar* despiertan en la imaginación del poeta la espléndida imagen del heroísmo de los españoles, y su alma se templea y se levanta al nivel de las grandes acciones que describe.

» En las odas *Al armamento de las provincias españolas contra los franceses*, y *Á España, despues de la revolución de Marzo*, sube la inspiración á las regiones más altas y más encendidas del entusiasmo patrio. El cuadro de la antigua grandeza nacional con que empieza esta última obra, amargo contraste del esplendor pasado y de la decadencia presente, es uno de los períodos más elocuentes que se han escrito en verso castellano. Vibran en el corazón de *Quintana* las cuerdas de su impetuoso patriotismo al ver ruinoso y desdorado el magnífico edificio del poder y de la gloria de la nación. ¡Con qué varonil entusiasmo, con qué estóica entereza exalta, concitando á la guerra, la fiera independencia de los españoles!.....

» Para encontrar acentos tan vigorosos tenemos que acudir á la musa libre y denodada de la Grecia. Tirteo, templado por el espíritu espartano, no pintaba con mayor vehemencia la gloria de morir por la patria en las sangrientas guerras de Mesenia; no cantaba Simónides con estro más arrebatado el sublime desastre de las Termópilas y las hazañas de Maratón, de Salamina y de Artemisio; no ensalzaba Píndaro con más independencia ni con más entusiasmo á los héroes de Olimpia, de Nemea y de Corinto. La musa lírica latina no nos ofrece nada que en elevación, en majestad y en brío pueda compararse con las fogosas inspiraciones de *Quintana*. Horacio es sin duda más correcto, más conciso, más puro, y por decirlo así, más atildado; pero, no lo dudeis, no tiene ni su fuego, ni su espontaneidad, ni su fuerza. Horacio reflejaba la sociedad epicúrea en que vivía; seguía en sus versos la filosofía superficial y condescendiente que cuadraba á su vida alegre y regalada, y cantaba la fortaleza estóica (*Justum ac tenacem*) al són de los halagos de Mecenas, como Cicerón escribía su paradoja sobre la economía en una mesa que le había costado doscientos mil sestercios.

» Todo esto dista mucho de la musa austera de *Quintana*, que, si no tiene, para volar al cielo, las alas de Klopstock ó de Lamartine, ni hace brotar del alma delicadas flores de ternura al influjo de una mirada, de una lágrima ó de un suspiro, tiene afrontas para los sentimientos viles, anatemas para la opresión, palmas para las acciones nobles ó heroicas, coronas de gloria para las virtudes de la patria. A este entusiasmo por la belleza moral, que hace subir el pensamiento á Dios, centro de donde viene y adonde va toda belleza, allega *Quintana* el culto de la forma hasta el punto de competir con los modelos más nobles de la poesía del gentilismo. Para convencerse de ello basta leer su canto *Á la Danza*, tan lleno de imágenes, de lozanas galas, de elegantes giros, de amor á la hermosura plástica. No os hablo de su admi-

rable canto *Al Mar*, alianza feliz de la musa antigua y de la musa moderna. En él ha hecho *Quintana* lo que debe hacer todo poeta que aspire á unir la pompa, la animacion y los colores del mundo de la materia, con las abstracciones, los éxtasis y los sentimientos del mundo del espíritu: hermanar el cielo con la tierra, modelar con manos cristianas el mármol de la antigüedad.

» *Quintana*, si no sabe sostener siempre la unidad limpia y tersa del lenguaje, es, por su temple, su elevacion y su nobleza, digno alumno y rival de la musa antigua. No ha producido con sus obras ese rumor fugitivo que tomamos por gloria, y que á veces no es más que el eco de nuestras pasiones y de nuestros entusiasmos de un momento. Ha grabado su alma en su poesía, y ha dejado estampada en ella el sello de la inmortalidad. Su nombre vivirá mientras viva el habla castellana, mientras alienten corazones españoles que sepan palpar al recuerdo de la gloria y de la grandeza de la patria.»

CAPÍTULO XVI.

Copleros andaluces.—Muñoz de Leon.—Lopez de Palma.—Gonzalez de Leon.—Repiso Hurtado.—Jaen.—Escuela poética sevillana.—Su carácter meticulouso é imitador.—Su gran mérito relativo.—Miembros distinguidos de la escuela.—Pléyade poética.—Nuñez.—Castro.—Roldan.—Arjona.—Reinoso.—Lista.—Matute.—Mármol.—Escuela granadina.—Alonso.—Escuela valenciana.—Martínez Colomer.

Sevilla, la patria de los *Herreras*, de los *Riojas* y de los *Arguijos*, es decir, uno de los centros más gloriosos de noble, limpia y elevada poesía, habia caido, en el siglo XVIII, en un abismo de vulgaridad y de afectacion literaria, que dejaba atras, si cabe, los delirios cultos y conceptuosos y las insulseces prosáicas de Madrid, de Zaragoza, de Valencia y de Salamanca. El contagio del estragado gusto de los *Montoros* y de los *Benegasis*, que allí tambien eran mirados como lumbreras del Parnaso, no sólo fué grande en las ciudades literarias de Andalucía, sino que acabó por paralizar toda inspiracion y hasta el amor á la poesía, que habia sido en todos tiempos cualidad peculiar de la imaginacion amena de los pueblos meridionales de España. Ni un *Gerardo Lobo* siquiera se presentó á alumbrar con tibia luz aquel anublado cielo del estro antiguo de Andalucía. La conmocion civilizadora que produjeron en la nacion entera los reinados de Fernando VI y Carlos III dió algun impulso á los adelantamientos intelectuales. En 1751 se fundó la *Academia Sevillana de Buenas Letras*; pero este instituto se consagró principalmente á estudios arqueológicos y á otras graves investigaciones científicas, y las letras amenas continuaron inertes ó envilecidas por el mal gusto y por la pública indiferencia. Coplas chocarrerías, sembradas de equívocos y de chuscadas de ruin linaje, en que salian por lo comun tan mal parados el gusto como la decencia, constituian la poesía andaluza.

Uno de los poetas sevillanos ménos conocidos, y no de los peores de la extrema decadencia á que llegó la poesía andaluza durante el siglo XVIII, es don *Luis José Muñoz de Leon y Ocaña*. Habia escrito en sus juveniles años varias vidas de santos en verso, alguna en octavas, las más en romance endecasílabo, y tales eran su aficion á la poesía y su religioso espíritu, que todavía en 1771, á los setenta y cinco años de su edad, «baldado de un brazo, trémulo de cuerpo y casi ciego», escribió un prolijo poema *Á Santa Catalina de Sena* (1).

(1) El autor mismo lo refiere en el prólogo del poema. Tiene éste el siguiente título: *Rasgo aónimo y poema heróico en que se describe la vida de la seráfica virgen Santa Catalina de Sena* (códice en 4.º, 355 fojas). Este poema y las demas obras poéticas

de Muñoz de Leon se hallan manuscritas en la biblioteca provincial de Cádiz. Debemos el conocimiento de este poeta á la bondad y diligencia de nuestro amigo el señor don Adolfo de Castro.

Estas obras, y otras puramente líricas, de *Muñoz de Leon* se resienten por lo comun del discreto, del equívoco, del alambicamiento, que estragaban las letras en aquel triste período de transicion. La ménos incorrecta de sus poesías es una paráfrasis del salmo I de David, en ciento cincuenta estrofas. Algunas de ellas hay que, aunque poco esmeradas en la diction y no del todo limpias de los resabios de la época, se acercan algo á la noble sencillez que debe reinar en la poesía sagrada. Sirvan de muestra las siguientes del exordio:

Pan de lágrimas sea
El continuo alimento que yo use,
Porque en su gusto vea
Á qué sabe el dolor, no lo rehuse;
Que aunque lo amargo abarca,
Alimento tambien fué de un monarca.
.....
Del dolor la vehemencia
Rompa mi corazon, y en este giro,
Con tu sacra asistencia,

Tambien rompa el silencio mi suspiro;
Y puesto que á vos llevo,
Lo que os pide, Señor, logre mi ruego.
.....
Y pues la voz sonora
Que amorosa expresó tu labio amante
A aquella pecadora
Magdalena, contrita, fué bastante
A eximirla de agravios,
Oiga yo la voz misma de tus labios...

Otro de los ménos insulsos, entre aquellos copleros, fué el médico sevillano don *Antonio Lopez de Palma*, muy dado al estudio de las *humanidades*; hombre de agudo ingenio, pero que siguió la corriente de su tiempo y de su país, y malogró, como tantos otros, sus prendas naturales (1). Compuso varios escritos satíricos, entre ellos dos que cautivaron la atencion pública por el desenfado y la intencion de sus chistes: *Romances contra los tomistas*, y *Pantomimáquia patética, ó Títeres fantásticos*. Publicó esta última sátira en Málaga, con el seudónimo de don *Anónimo Chacota*. El instinto satírico de *Lopez de Palma* era grande. *Lista*, adolescente todavía, conoció á este popular poeta, y nunca olvidó su desembarazo y su donaire. *Matute* lo coloca entre los hijos insignes de Sevilla. *Gallardo* dice de él que «sin exageracion puede afirmarse que fué el *Isla sevillano*» (2). *Gallardo* exagera. *Lopez de Palma*, aunque zumbon y agudo, no tiene ni la abundancia, ni el alcance, ni el rico lenguaje, ni la intensa ironía del jesuita leonés.

Merece igualmente ser mencionado en este histórico bosquejo otro coplero sevillano, que tambien conmemora *Matute* y alaban *Lista* y *Gallardo*: don *Antonio Gonzalez de Leon*, que desempeñó, entre otros cargos, el de oficial del Archivo general de Indias, y fué individuo de la Academia de Buenas Letras de Sevilla. Este escritor es una verdadera antítesis de su contemporáneo y paisano *Lopez de Palma*. Éste, dado á la sátira vulgar y chocarrera, se consagraba con ahinco y respeto á las humanidades; *Gonzalez de Leon*, que con predileccion cultivaba la lírica, desdeñaba el estudio de las humanidades y «no perdía ocasion alguna de ridiculizarlo» (3). Como se ve, habia algo anómalo y singular en la índole poética de ambos escritores. *Gonzalez de Leon* leyó en la Academia de Buenas Letras un estudio titulado *Reflexiones sobre las obras de ingenio y de elocuencia*. Era hombre de pensamientos levantados, y habria podido acaso ser buen poeta en mejores tiempos y en esfera más literaria (4). Tambien

(1) Murió en Abril de 1792.

(2) Apuntes autógrafos de don *Bartolomé José Gallardo*.

(3) Palabras de *Lista*.

(4) Creemos conveniente poner aquí algun ejemplo del estilo poético de *Gonzalez de Leon*, para que se forme idea de lo que eran los mejores poetas de Sevilla en el reinado de Carlos III. Tomamos el ejemplo de un drama alegórico relativo á este reinado:

LA SABIDURÍA.

(Recuerda el restablecimiento de la universidad de Sevilla por Carlos III, y caracteriza las ciencias, las artes y la industria.)

Tú, grande *Teología*, santo estudio,
Que la ciencia de Dios tratas y enseñas,

Y su dogma y misterios revelados
Prestas á la observancia y la creencia;
Tú, oh *Ciencia del Derecho*, que derivas
Tu justicia del que es Justicia eterna,
De cuya potestad las potestades
Han el poder de que usan en la tierra;
Tú, *Medicina*, criada del muy Alto
Para ocurrir del hombre á las dolencias;
Filosofía, que al conocimiento
De la Causa de causas, fiel nos llevas;
Tú, oh gran *Matesis* (a), que los senos hondos
De la madre comun nos manifiestas,
Y en proporcion, en número y medida,
Á ejemplo del gran Dios, fijas tus reglas;
Vos, *Nobles Artes*, que imitais las obras
Del Hacedor de la naturaleza;

(a) Matemática.